

vigilancia de los guardias y estaremos á salvo.—¡Oh mi querida Hal Mehí! replicó Meliabeth suspirando. Pueda el soberano protector de la justicia oírte y conducirnos bajo dichosos auspicios! Abrazame ¡oh mi hija, mi querida hija! A estas palabras se arrojan al río y nadan con todas sus fuerzas. Despues de haber hecho una pequeña travesía, el pobre anciano sobrecogido por el frio de las aguas se sumerge y desaparece de repente.—¡Padre mio, esclama Cantimire desatinada, ¡oh padre mio! Los ecos mas fieles repiten entonces mas de veinte veces estos gritos dolorosos y llegan hasta los guardias de la prision. Al instante una ligerachalupa se apronta y con ella se corre á la prision de los dos fugitivos. Entretanto Meliabeth habia vuelto á la superficie del río. Nadando con una mano la animosa Hal Mehí, con la otra llevaba asido por los cabellos á su padre, que habia tomado un poco de aliento y nadaba como mejor podia.

¡Esfuerzos infructuosos! El pobre anciano y su valiente hija habian alcanzado ya la ribera opuesta: ganaban con precipitacion un bosque inmediato á fin de ocultarse en él, cuando un dardo alcanza á Cantimire en el brazo izquierdo y la hiere gravemente. Detenida por el dolor, y perdiendo toda su sangre, no tardó en ser presa de sus perseguidores y vuelta á la torre con Meliabeth desvanecido.

Aquella misma mañana, el desgraciado prisionero y su hija, fueron puestos en una barca cubierta y conducidos, con grande escolta, á la ciudad de Basora delante de su gobernador. Este era un viejo oficial sin piedad é incapaz de conocer el valor de una accion virtuosa; y como el despotismo oriental no permite demora en el ecsámen é instruccion de las causas, interrogados á las diez de la misma mañana los acusados, fueron juzgados, condenados y decapitados á las tres horas.

Luego que se supieron en Ispahan los dolorosos detalles de esta historia, no se pudo dejar de admirar el ánimo, la industria y la ingeniosa ternura de Hal Mehí para Meliabeth. Cada uno se compadecia de su suerte. Las madres y las hijas persas la lloraron, las unas como una de ellas, las otras como una hermana. El Sophí, se conmovió de dolor y desaprobó altamente la conducta del gobernador de Basora. Ciertamente, exclamó, hubiera perdonado á Meliabeth en favor de Cantimire.

Se erigió por orden del príncipe una estatua de mármol blanco, á la jóven heroína, representándola recibiendo á su padre en sus brazos al pié de la torre. Se instituyó una fiesta magnifica en su obsequio, y todos los años las madres y las hijas van en peregrinaje al monumento y arrojan en él flores, lo besan con respeto y se vuelven llenas de admiracion. En él está el epitafio siguiente:

EPITAFIO DE LA JOVEN CANTIMIRE.

Hal Mehí no pareció mas que un instante sobre la tierra; pero ¡oh jóvenes persas! no lloreis su suerte: arrostró la muerte salvando á Meliabeth, y se está al lado de los dioses cuando se muere por su padre.

M. M. de M

A ELLA.

Altiva levanta su nítida frente
 en plácido, ameno y grato pensil,
 No el fuego temiendo del sol refulgente
 cuando abre sus hojas, la flor del abril.
 Alegre y tranquila se mece lozana
 ramaje ostentando de verde color,
 ninguno que admire su pompa galana
 acaso recuerda belleza mayor.
 Cual reina del prado las aves canoras
 intentan mil veces su cáliz besar,
 oyendo sus trinos, sus voces sonoras
 no habrá quien pretenda mas dichas hallar.

Porque esa flor misteriosa
 que es la gala del vergel,
 envidia causa á la rosa
 y al mirarla tan hermosa,
 envidia causa al clavel.

Por eso el aura suave
 sus pétalos acaricia;
 por eso tanta delicia
 quiere la aveja gozar,
 y mil ósculos imprime
 en su albo seno oloroso,
 y su nectar abundoso
 ufana intenta libar.

Por eso el manso arroyuelo
 á sus plantas serpentea,
 en sus ramas juguetea
 por eso el ave tambien;
 y la leve mariposa
 á pesar de su inconstancia
 se aduerme con su fragancia,
 depones allí su desden.

La bella flor entretanto
 del verde tallo prendida
 vé deslizarse su vida
 sin recelos ni temor:
 y arrullada por las brisas
 que ambicionan su perfume,
 ni su aroma se consume,
 ni se estingue su color.

¿Ves esa flor adornada
 con ropaje de tisú?
 esa flor que en la enramada
 es de todos envidiada?
 Pues esa flor eres tú.

Tú, muger, que eres mas bella
 que la purpurada rosa,
 mas fragante, mas preciosa
 que el esmaltado clavel.
 Y es mas grata de tu rostro
 la encantadora sonrisa,
 que el murmullo de la brisa,
 que el aroma del vergel.

Es tu aliento mas suave
 que el perfume de las flores,
 mejor que de ruisñores
 el canto, tu dulce voz.
 Y ese talle esbelto, breve,
 es mas flexible y ligero
 que el pintadillo jilguero
 que cruza el aire veloz.

Esa luz hermosa y pura
 que de tus ojos destella
 es mas brillante, mas bella
 que del claro sol la luz.
 Por eso teme la luna
 ver tus radiantes fulgores,
 y oculta sus resplandores
 tras de su negro capuz.

¿Quién al mirar tu mágica hermosa,
 oh muger, tus encantos no amará?
 y ¿quién será el mortal que tu ternura
 entre delicias mil disfrutará

¡Ay! torna por piedad tus bellos ojos,
 tórnalos hácia mi por compasion,
 y calmarán ¡oh bella! los enojos
 que laceran mi tierno corazon.

José Maria Espadas y Cárdenas.

I
 anu
 mel
 jos
 crec
 tor
 seq
 org
 del

F
 señ
 que
 cia
 gun
 que
 que
 forn
 solo
 se h
 ni o
 bust
 de l
 casa

D
 llevá
 de p
 punt
 Las
 nan
 nes t
 son c
 anar
 le, c
 conse
 otras
 pullo

La
 Dios:

H

Ai
 ya oc
 14
 18
 paña
 18

Sevil
 Cádi
 Mála
 Mur
 Gran
 Jaen
 Mad